

La casona de San Vicente de Toranzo

Aurelio Escribano Reinosa



Esta es *La Casona* de San Vicente de Toranzo (Cantabria) en el año 1977.

Detrás, el río Pas y su cauce de piedras blancas, insuficiente cuando de la montaña las aguas bajaban altas anegando el valle de lada a lado. Delante, la carretera de El Escudo, el antiguo Camino Real que llevaba a Burgos.

Las magníficas sillerías de la fachada recogen, como el mar, el color del cielo de forma que el gris de los días de lluvia se enciende, amarillea o enrojece en los atardeceres con sol.

Dos palmeras simétricas dan al edificio el aire colonial que delata su origen. El tejado a cuatro aguas, la perfecta relación entre macizos y vanos, y la proporción aurea en las medidas cierran un perfil que transmite equilibrio, orden, paz y belleza.

En el año 1972 *La Casona* se convirtió en el Colegio Familiar Rural “La Casona” de San Vicente de Toranzo. Ese mismo año se abrieron tres Colegios Familiares Rurales más en Cantabria: El CFR “El Pasiego” de Liérganes, el CFR “El Montañés” de Arenas de Iguña y el CFR “Francisco de Paula Orense” de Ramales, distribuyéndose el entorno rural de los cuatro grandes ríos: Pas, Besaya, Miera y Asón.

Eran centros de Formación Profesional de Primer Grado que impartían la Rama Agraria. Incorporaron el modelo de las *Maisons Familiales Rurales*, organización francesa extendida por muchos países europeos, americanos y africanos cuyo objetivo era atender las necesidades educativas y culturales del medio rural, abandonado a su suerte en aquel entonces.

En los primeros años setenta del siglo pasado funcionaban en España 32 centros distribuidos por la geografía agraria del país.

Todos los CFR se coordinaban pedagógica y organizativamente tanto en el ámbito regional como en el estatal.

En Valladolid se hallaba la Federación de Colegios Familiares Rurales, centro coordinador estatal y de formación del profesorado, que editaba los libros, el material escolar de la organización y la revista *Encrucijada* que difundía los objetivos, logros y problemas de los centros y del medio en que estaban enclavados.

Los alumnos del Colegio Familiar Rural “La Casona” procedían, mayoritariamente, del espacio de la pasieguería situado en las cabeceras del Pas y el Pisueña (San Pedro del Romeral-Vega de Pas, Villacarriedo-Selaya) y, en segundo término, de los núcleos, aldeas y barrios del curso medio de ambos ríos.

Tenían 16 o más años, en su gran mayoría no habían obtenido el título de Graduado Escolar y muchos nunca antes habían salido de su casa.

La pedagogía de los Colegios Familiares Rurales se basaba en cuatro principios:

1. Alternancia

Educar para la vida era el gran objetivo y el fundamento de la propuesta educativa de los CFR. Lo que significaba asociar escuela y familia, escuela y casa, escuela y medio. Inspirada en las ideas de Proudhon (unir trabajo intelectual y trabajo manual) y de Freinet (partir del medio social en que se mueve el alumno), la alternancia habilitaba y conformaba aquel objetivo. Los alumnos pasaban una semana en el colegio y otra en sus casas. Los monitores visitábamos a los alumnos en la semana de alternancia. Casa por casa, familia por familia. Cada quince días.

2. Globalización

La vida no está fragmentada en asignaturas. En los CFR la realidad se abordaba de una manera global, holística. Por lo que la docena de asignaturas que se impartían en los centros de FP normales pasaban a ser tres bloques de materias en los CFR: Ciencias Naturales, Ciencias Sociales y Lenguaje e Instrumentales (Lengua, Idiomas y Matemáticas).

El trabajo escolar giraba en torno a *centros de interés* progresivos: persona, familia, explotación, pueblo, región, agricultura, sociedad, mundo industrial, etc., y se plasmaba en el *cuaderno del medio*.

La conexión con la vida se completaba con la presencia de amigos de las más diversas profesiones que, a modo de “profesores invitados”, impartían contenidos solicitados por los alumnos.

3. Trabajo en equipo

Los profesores no teníamos ese nombre. Nos denominábamos *equipo de monitores*. Nuestra función era planificar, orientar, estimular, revisar y actuar conjuntamente. Los alumnos y alumnas debían enfrentarse colectiva y solidariamente, también, a los problemas, intercambiar y compartir conocimientos y estrategias y desarrollar los valores básicos de una convivencia positiva.

4. Cogestión

La titularidad correspondía a las familias. La Junta Directiva de Padres y el Equipo de Monitores asumían la responsabilidad sobre la gestión y la economía del colegio. La Asamblea General de Padres era la encargada de fijar las cuotas o acordar la socialización de las becas.

Pero, además, en esas paredes se desarrollaba otra pedagogía, la del afecto. La convivencia en las aulas, comedor, recreos o salidas se guiaba por tres principios: respeto, responsabilidad y libertad. La *Asamblea* era el instrumento de revisión de la convivencia y de las actividades realizadas durante la semana.

Los monitores vivíamos en el mismo edificio que los alumnos, asumíamos la parte correspondiente de las tareas comunes, gestionábamos el internado mixto, comíamos juntos, jugábamos a las cartas y al ajedrez, dábamos las clases, los visitábamos en sus casas en la semana de alternancia, hablábamos con sus familias, controlábamos el trabajo realizado, corregíamos deberes...

Aquellos chicos sabían mucho del trabajo en la explotación familiar, pero en general, inicialmente, se mostraban poco comunicativos.

Hablar, expresar, relatar en viva voz experiencias vitales al calor de la chimenea, después de la cena, eran parte de *los deberes* diarios.

Convivir, reconocerse, valorarse y sentirse valorados significó un motor de cambio personal y de aprendizaje rapidísimo.

Ellos ganaron un gran plus de autoestima. Nosotros, viéndolos progresar tan deprisa, descubrimos y experimentamos el enorme valor que el afecto tiene en los aprendizajes y en el desarrollo personal.

Cuarenta años después, aún hablamos de Saluci, Vicente, Luisa, Alfredo, Pedro, Geremaro, Quinín, Consuelo, Quico, Daniel, Socorro, Nacho, Adolfo y tantos más, y recordamos sus pueblos, sus casas, sus familias, al perro que nos ladraba, todo.

No se hablaba de coeducación entonces, pero en los CFR el reconocimiento expreso del principio de igualdad entre chicos y chicas y de los derechos y deberes de estas y aquellos adquirieron carta de naturaleza en la vida diaria.

Sin embargo, los CFR no pudieron sobrevivir. El imparable éxodo rural rompió los lazos que antes unían a los jóvenes con el medio en el que habían nacido. Las familias no querían para sus hijos un trabajo considerado duro y esclavo. Ofrecimos otras ramas de FP como la Sanitaria y Automación para mantener abierto un centro educativo que, nos constaba, producía resultados muy posi-

tivos. Pero otras dificultades se añadían: la subvención del Ministerio de Educación resultaba insuficiente y llegaba tarde; la Administración educativa no comprendía la Alternancia y, en consecuencia, nunca concedió a los CFR el reconocimiento definitivo como centros de Formación Profesional, lo que nos colocaba cada año ante una enorme incertidumbre: ¿nos concederán la subvención?, ¿podremos empezar un nuevo curso?

En 1981, el Colegio Familiar Rural “La Casona” cerró sus puertas. El resto de los Colegios Familiares Rurales del país corrieron una suerte similar en aquellos primeros años ochenta.

Todos dejaron una huella profunda en las gentes, los pueblos y los monitores que en ellos trabajamos.

En la actualidad, *La Casona* es un hotel. Le han cambiado el nombre y reacondicionado algunos espacios. A pesar de lo cual, a quienes allí vivimos sigue transmitiéndonos la impresión de que encaja y se inserta en el medio tan armoniosamente que parece haber nacido de la tierra, como obra de la naturaleza misma.